

una sonrisa conciliadora, — me ha disgustado tener que rehusar todos tus pedidos. Tu presencia me es siempre muy grata. Quédate si así loquieres; y te prometo pensar en qué podré complacerte.

Pero Ismael prefirió marcharse; su preocupación obedecía, sin embargo a una sola idea, la de alejar de las esferas del reino cualquier nube que amenazara tempestad.

#### CAPITULO XXVII

##### Las intrigas de Zobeida

Mientras El-Amin estaba con Fadl y Ben-Hadi escuchando la espía, un eunuco anunció un enviado de Zobeida con un recado para El-Amin, llamándolo a concurrir a la mañana siguiente a su palacio.

El príncipe, accediendo al pedido de la madre, llegó temprano al "Palacio eterno" que habitaba Zobeida en la orilla opuesta del Tigris.

Digamos de paso que dicho palacio era el más soberbio de Bagdad después de los de Al-Rashid y de Yafar. Zobeida estaba en la puerta principal dentro del jardín, esperando al hijo, y a quien abrazó efusivamente con verdadera alegría y ternura maternal. Era ella, entre las mujeres de Al-Rashid, la única noble de origen, pues era prima hermana del Califa y no podía sufrir que otros hijos de otras mujeres pretendiesen también el trono, lo que según ella no pasaba de ser una verdadera usurpación.

Zobeida ha sido sin embargo famosa no solamente por su belleza, sino por su inteligencia y su espíritu preclaro de gobierno y de administración, habiendo dotado al imperio de un sistema de riego de colosales trascendencias y alcances y de otras obras no menos grandes y provechosas.

El-Amin se enteró por ella del secreto de Abbasa, sin llegar a saber cómo pudo descubrirlo. Pero a pesar de que su secreto significaba la condena de Yafar a la muerte, y por consiguiente la caída de Al-Mamún, y la proclamación de su hijo al trono después de Al-Rashid, la dama estaba muy indignada porque creía que ese matrimonio de Abbasa con Yafar era de todos modos denigrante y desdoroso para la familia reinante. La única dificultad que había, consistía en la manera de hacerlo llegar a conocimiento de Al-Rashid, sin que el delator se expusiera a una muerte segura.

—Sin embargo — dijo Zobeida, recostada en su diván, radiante de hermosura y entreteniéndose en triturar entre sus dedos unos gránulos de almizcle en una copa de oro — es preciso que tu padre lo sepa. Había pensado en comunicárselo por medio de sus cantantes, pero he temido que una simple alusión hecha al efecto pasase desapercibida.

—Madre — replicó El-Amin — ¿has pensado en que los cortesanos deben todos agasajos y favores a Yafar? ¿No sabes acaso cómo mi padre estima a Yafar? ¿Cómo nos salvaríamos en caso de que nuestras diligencias fracasaran, exponiéndonos a la ira del Califa, quien entonces podría desechar esos escrupulos de familia para no ver en todo eso sino una confabulación para perder a su ministro, sacrificando sus celos en bien del estado?

—Ya veo, hijo, que empiezas a pensar con juicio y con prudencia, y eso es una razón de más para interesarme por ti. Te veo razonar, y eso me empuja a no perder tiempo, segura yo de que el califato que se te confiará no correrá peligro en tus manos.

La pobre Zobeida, enceguecida por el amor maternal, creía que aquellas manifestaciones respondían efectiva-

mente a una reacción del Amin, cuando en realidad eran inspiradas por una sorda cobardía, por una debilidad de espíritu que siempre invadió la mente de aquel príncipe, que prefirió, una vez llegado al califato, preocuparse de un pez antes que de los intereses del estado.

Zobeida, después de exponer cómo pensaba realizar sus planes contra Yafar, invitó a El-Amin a quedarse en el palacio hasta después del almuerzo, y el príncipe pudo, de paso, apreciar la innovaciones que su madre había introducido en su morada, viendo en efecto un grupo de doncellas vestidas con trajes masculinos y suntuosamente adornadas, haciendo las veces de criados y eunucos de harén.

—He querido imitarte, hijo; he sabido que tienes una legión de mancebos con atavíos femeninos y he creído que podría serle agradable esa imitación. Esas doncellas pasarán pronto a tu palacio; espero únicamente el momento de poder enviártelas completamente adiestradas y educadas.

—¿Has visto a Abul-Atahiat en estas últimas horas? — volvió a preguntar Zobeida.

—Sí, madre; anoche estuvo en mi palacio en el salón del placer.

Zobeida volvió a callarse, y con El-Amin encamínose entre dos filas de doncellas hermosas al salón de los festines.

Un coro de cantantes entonaba versos de amor, acompañadas con acordes de guitarras y cítaras, sentándose luego madre e hijo ante una mesa profusamente adornada en un aposento perfumado, rico y deslumbrante.

Pero los planes de Zobeida no estribaban solamente en lo que acababa de revelar a su hijo. Quería, además de perder a Yafar, aniquilar la influencia de Fadl que consideraba sumamente peligroso, alejar a Ben-Hadi para siempre de la corte, hacer que Al-Mamún, el rival de su hijo, cayese en desgracia, sugerir al Califa y entregar por fin el califato a su hijo. Esta admirable mujer sabía perfectamente que esa obra era sumamente grande y comprometedora; pero poseía una energía y un discernimiento nada comunes, además de una fuerza de voluntad que, hasta hoy, se admira y se menciona en la historia de Arabia. ¡Quién, ante semejante mujer, no se estremece! Figuráos la astucia, la sugerencia de la belleza, la fascinación del oro, unidas a la inteligencia, a la voluntad, al tacto y a la nobleza de su cuna.

(Continuará).

